

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



nueva
dimensión 19

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por
Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

Director Periodista:

José M. Armengou

Colaboradores:

Joaquín Alberich

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Luis-Eduardo Aute

Carlos Buiza

Alfonso Figueras

Carlo Frabetti

José Luis Garci

Luis Gasca

Teresa Inglés

Antonio Martín

José Luis M. Montalbán

Berit Sandberg

Director Artístico:

Enrique Torres

Ilustradores:

Miguel Albiol

José M.^a Beá

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Jordi Paris

Enric Sió

Adolfo Usero Abellán

Corresponsales:

Argentina: Andrés Balla y Héctor R. Pessina

Australia: John Bangsund

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J Ackerman

Gran Bretaña: Jean G. Muggoch
Japón: Takumi Shibano
Rumanía: Ion Hobana

Febrero 1971 / Número 19

PORTADA DE

Enrique Torres

ILUSTRACIONES DE

Miguel Albiol

José M.^a Beá

Francisco Burgos

Esteban Maroto

Adrián Puig

O. Rodés

Van Dongen

HUMOR DE

Sergio Aragonés en *Mad*

Oli en *El Correo Catalán*

Soulas en *L'actualité*

nueva dimensión **HOY**

EDITORIAL

Idea e imagen

SE PIENSA

El Derecho y la ciencia ficción

por el Dr. Ernesto Grün

Introducción a la SF como literatura crítica

por Carlo Frabetti y Ludolfo Paramio

SE DICE

Libros, revistas, comic, cine, TV, teatro, arte, premios, fan-
dom, convenciones, reuniones

SE ESCRIBE

Las opiniones de nuestros lectores

nueva dimensión MAÑANA

CUENTOS

La bestia que gritaba amor en el corazón del universo

por Harlan Ellison

«Percebe» Bull

por Poul Anderson

Afición por Dostoiewsky

por Brian W. Aldiss

Ozymandias

por Robert Silverberg

El secreto heleno

por Ivan Efremov

Potencial

por Robert Sheckley

Entrevista con un lemingo

por James Thurber

El aventurero

por C. M. Kornbluth

Donde empieza el otoño

por F. García Pavón

CLÁSICO

Un millar de muertes

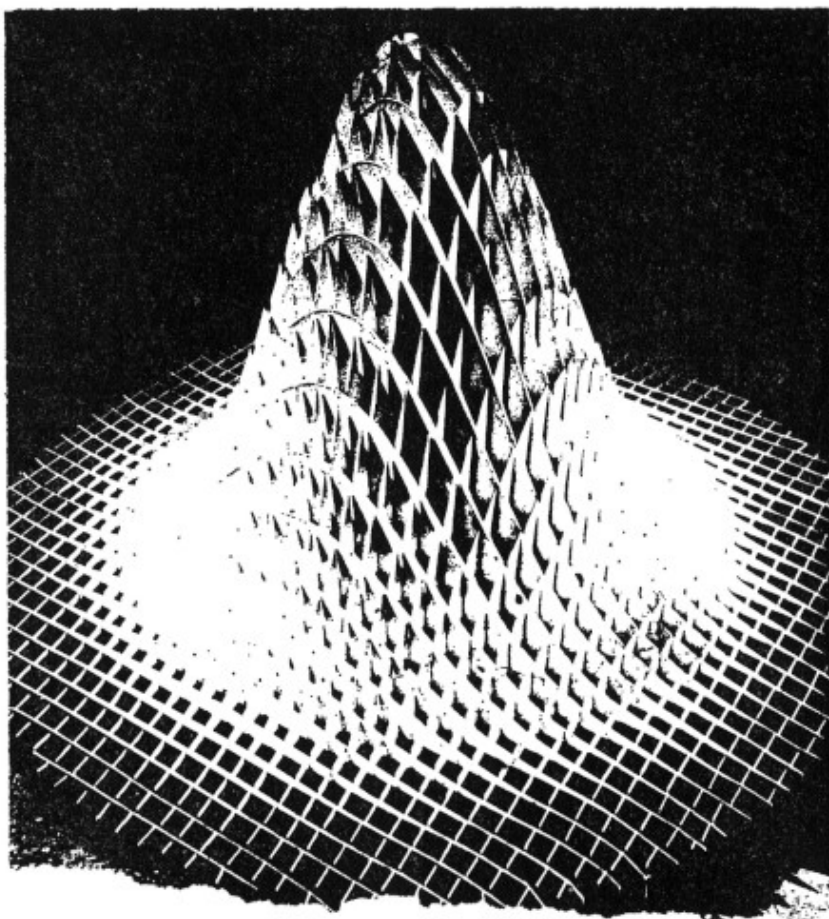
por Jack London

COMIC

Una mañana temprano en la selva
por Frank Frazetta

PORTOFOLIO

Saga de Xam
por Nicolás Devil



EDITORIAL

IDEA E IMAGEN

La imagen que ilustra este editorial es la fotografía de una superficie de sección horizontal elíptica, que muestra la variación de la correlación teórica entre dos variables ligadas por la Ley de Gauss, y se halla en la Sala de Matemáticas del Palais de la Découverte en París.

Este editorial, claro está, no tiene nada que ver con ella.

Fue, simplemente, que al hallar esta foto entre los papeles traídos de un viaje a París, me puse a pensar en la relación entre la idea y la imagen: para hacer esta superficie, un matemático tuvo que hacer un cálculo, luego un dibujante pasarlo a imagen, y por fin un carpintero realizar la parte manual.

En nuestra revista, un autor escribe un relato, los miembros del grupo seleccionador lo leen y, caso de aceptarlo, lo pasan a un ilustrador —el más apto según su criterio y las características del cuento— para que realice una o varias ilustraciones.

En ambos casos existe una correlación entre idea e imagen; en ambos casos, la idea origina la imagen.

Pero ahí termina la correspondencia. En el caso de la imagen científica, se trata de un intento descriptivo, de una corporeización de la idea que busca hacer más comprensible, «más gráfica», la idea original. La imagen ha de ajustarse estrictamente a su idea originaria.

En el caso de la ilustración de un cuento —al menos en lo referente a ND—, no es necesario que sea descriptiva.

Hace algún tiempo —y aún actualmente en muchas publicaciones, especialmente en las de SF norteamericanas—, las ilustraciones tenían que ajustarse estrictamente al texto. En muchos casos, se le daba al dibujante una acotación, un párrafo, que tenía que plasmar en imagen.

Esto, cuando no se producía la aberrante práctica de —en el extremo opuesto del péndulo— entregar una bella ilustración recibida de algún artista a un escritor, para que construyera a su alrededor una historia.

Por nuestra parte, cuando iniciamos la tarea creadora de ND, creímos que lo más apropiado era dejar al ilustrador en libertad absoluta. Conocíamos la problemática con que se enfrenta el artista en su relación con el editor; sabíamos de casos que harían ponerse de punta las cerdas del pincel de Leonardo da Vinci: «Quiero un marciano verde, con orejas de trompeta, en segundo plano; que haya mucho rojo en el dibujo, que se vea bien y, sobre todo, que haya una chica, que las chicas en las portadas hacen vender más», le decía tal editor al pobre portadista, que quedaba irremisiblemente obligado a hacer una obra ínfima por lo condicionada.

Sabiendo esto, nosotros le decimos al ilustrador: «Tú mismo, hazlo como tú lo veas», y no nos dejamos seducir ni por las peticiones de una sugerencia, que algún que otro artista nos hace por estar ya viciado con una forma de trabajo «dirigida», ni por las «ideas» visuales que se nos habían ocurrido mientras leíamos el relato.

Y así, tuvimos éxitos y fracasos, pero conseguimos algo que la mayor parte de nuestros lectores han sabido apreciar: unas ilustraciones «diferentes», no condicionadas a unos cánones clásicos de las revistas de SF anglosajonas.

Desde luego, una cosa ha quedado clara: las ilustraciones que aparecen en estas páginas representan lo que al artista le ha inspirado el relato. Son, pues, la plasmación de la idea del autor por la imagen, que acompaña a su corporeización por la palabra. A veces, las ilustraciones serán descriptivas, otras representarán vivencias distintas, ligadas sólo muy tenuemente, o en nada, a la narrativa, pero emanadas de la misma concepción originaria.

Por ello, se ha tratado de obtener una gama de estilos artísticos que vayan desde el «realismo socia-

lista» hasta el surrealismo, pasando por las formas «kitsch».

Lo que no me parece acertado, y en eso creo estar de acuerdo con la mayoría de los lectores y, desde luego, con el equipo redactor, es que —como pedía recientemente un lector— se deba prescindir absolutamente de la imagen en ND para dar cabida a más palabras... Son tan pocas las vías de comunicación que nos quedan abiertas, que no podemos —voluntariamente— prescindir de ninguna de ellas.

Y una imagen, en ciertas ocasiones, vale 10^3 palabras.

LA BESTIA QUE GRITABA AMOR EN EL CORAZÓN DEL UNIVERSO

HARLAN ELLISON

A los 13 años, Ellison se escapó de su casa en Ohio (Estados Unidos), para unirse a unos feriantes. A los 15 conducía un camión de dinamita. A los 19 lo expulsaron de la escuela y a los 21 había vendido su primera novela. Hoy tiene 36 y está considerado como uno de los mejores guionistas de Hollywood. Una carrera normal para un escritor. En cambio, sus cuentos ya no son tan normales, como podrán comprobar si se atreven a leer el siguiente, Premio Hugo 1969 al Mejor Relato Corto.

ilustrado por JOSÉ M.^a BEÁ

Tras una conversación intrascendente con el empleado de desinsectación que venía una vez por mes para rociar los alrededores de su casa en la sección de Ruxton, en Baltimore, William Sterog le robó del camión una lata de Malathion, un mortífero insecticida venenoso, y salió temprano una mañana, siguiendo la ruta del lechero del barrio, echando a cucharadas cantidades medianas o grandes en cada botella colocada en la puerta trasera de setenta hogares. A las seis horas de la acción de Bill Sterog, doscientos hombres, mujeres y niños murieron en convulsiva agonía.

Al enterarse de que una tía que vivía en Buffalo estaba muriéndose de cáncer de las glándulas linfáticas, William Sterog ayudó apresuradamente a su madre a llenar tres maletas y la llevó al Aeropuerto Friendship, metiéndola en un reactor de la Eastern Airlines con una simple pero eficiente

bomba de relojería, hecha con un despertador Westclox Travalarm y cuatro cartuchos de dinamita, en su equipaje. El reactor estalló en algún punto sobre Harrisburg, Pennsylvania. Noventa y tres personas, incluida la madre de Bill Sterog, murieron en la explosión, y los restos ardientes añadieron siete víctimas más al total al caer sobre una piscina pública.

En un domingo de noviembre, William Sterog se dirigió a la Plaza Babe Ruth en la Calle 33 en donde se convirtió en uno de los 54.000 aficionados que atestaban el Memorial Stadium para ver a los Baltimore Colts jugando contra los Green Bay Packers. Estaba bien abrigado con unos pantalones de pana gris, un polo de cuello alto azul marino y un grueso jersey irlandés, de lana tejido a mano, bajo su parka. Cuando faltaban por jugar tres minutos trece segundos del último cuarto, con el Baltimore diecisiete a dieciséis en la línea de las dieciocho yardas del Green Bay, Bill Sterog se abrió camino hasta el descansillo de la salida sobre los asientos del entresuelo y extrajo de debajo de su parka el subfusil M-3 excedente del Ejército de los Estados Unidos que había comprado por 49,95 dólares al tratante en armas por correspondencia de Alexandria, Virginia. Mientras los 53.999 aficionados saltaban en pie, agrandando así su campo de tiro, al ser lanzada la pelota a uno de los jugadores zagueros mejor colocados para poder chutar a gol, Bill Sterog abrió fuego sobre las apiñadas espaldas de los aficionados situados debajo de él. Antes de que la masa pudiera dominarlo, había matado a cuarenta y cuatro personas.

Cuando la primera fuerza expedicionaria a la galaxia elíptica del Escultor descendió en el segundo planeta de una estrella de cuarta magnitud, que la fuerza había designado Flammarion Theta, se encontraron con una escultura de doce metros y medio de altura, esculpida en una subs-

tancia blancoazulada hasta entonces desconocida, que no era piedra y se parecía algo al metal, con la forma de un hombre. La figura estaba descalza, iba ataviada con un ropaje que se parecía vagamente a una toga, la cabeza cubierta por un gorro apretado, y llevaba en la mano un peculiar artefacto de anillos y bolas de otro material totalmente distinto. El rostro de la estatua era curiosamente beatífico. Tenía mejillas prominentes, ojos hundidos, una boca pequeña, casi no humana, y una amplia nariz de anchas alas. La estatua se alzaba enorme sobre las destruidas y destruidas estructuras curvilíneas de algún olvidado arquitecto. Los miembros de la fuerza expedicionaria comentaron la expresión peculiar que cada uno de ellos apreciaba en el rostro de la estatua. Ninguno de aquellos hombres, de pie bajo una brillante luna de bronce que compartía el cielo del atardecer con un sol en el ocaso bastante diferente en colorido al que ahora brillaba casi apagado en una Tierra inimaginablemente lejana en el tiempo y el espacio, habían oído jamás hablar de William Sterog. Y, por consiguiente, ninguno de ellos podía decir que la expresión de la estatua era la misma que Bill Sterog había mostrado mientras le decía al juez de última instancia que estaba a punto de sentenciarle a muerte en la cámara de gas:

—Amo a todo el mundo. Lo amo. ¡Por Dios bendito, os amo, os amo a todos! —gritaba.

Cuandosección, a través de intersticios del pensamiento llamados tiempo, a través de imágenes reflexivas llamadas espacio; otro entonces, otro ahora. Este lugar, por *allí*. Más allá de los conceptos, la transubstanciación de la simplicidad etiquetada finalmente *si...* Cuarenta y más pasos hacia el lado, pero luego, muy luego, Allí en aquel centro último, desde el que todo irradia hacia afuera, convirtiéndose en infinitamente más complejo, el enigma de la simetría, armonía, prorrateo cantando con un orden cuidadosamente